

Allí le adoraremos en compañía de los fieles discípulos y de las piadosas mujeres, y heriremos nuestros pechos con el golpe de la contrición. ¡Caiga en presencia de un Dios despedazado y muerto el ídolo de nuestra hinchazón! ¡Desaparezca el fantasma de nuestra vanidad! ¡Queden cicatrizadas las llagas de nuestra concupiscencia! Para nosotros, iluminados con la gracia de la vocación cristiana, la necedad de la cruz es la única sabiduría verdadera, la debilidad de la pasión y muerte de un Dios, el argumento incontrastable del poder divino; beber una gota del cáliz del dolor y de la humillación de Cristo es felicidad y gloria; morir con él es prenda de resurrección á vida inmortal y bienaventurada. Así sea.

LAS SIETE PALABRAS DEL REDENTOR EN LA CRUZ

(sermón predicado en la iglesia de San Ignacio de Bogotá, 1895).

Ascendamus ad montem Domini, et docebit
nos vias suas.

Subamos al monte del Señor, y nos enseñará
sus caminos.

Is. 2, 3.

INTRODUCCIÓN.

1. ¿Por qué corren en tropel las gentes hacia el monte de la Calavera? Agitada y convulsa está la ciudad santa: Jerusalén no es ya visión de paz, sino teatro de motín, campo de sangre y de blasfemia. Verdaderamente hoy puédesse afirmar, aunque por motivo muy diverso, lo mismo que lloraba Jeremías: *Via Sion lugent*¹: De luto están las calles que conducen á Sión. Todos desamparan los alrededores del templo para lan-

¹ Thren. 1, 4.

zarse extramuros de la ciudad y arremolinarse en la cumbre del Gólgota. Vase allí á ejecutar una justicia nunca vista. Clavado en una cruz entre dos famosos malhechores cuelga, desnudo á la faz de cielo y tierra, el celeberrimo Profeta de Judea, aquél á quien los pueblos aclamaron entre vítores y hosanas Hijo de David y Enviado del Señor, el obrador de portentos nunca oídos, el maestro por excelencia, el suspirado Mesías, Jesús Nazareno, Rey de los judíos. ¡Qué espectáculo! Jamás lo viera igual Jerusalén, el mundo.... Jamás se presentó otro semejante á las miradas del cielo.... Justicia, sacrificio, injusticia, sacrilegio, adoración, blasfemia, todo fué allí gigantesco, desmedido, de proporciones infinitas, ya monstruosas, ya sublimes. Nunca se vieron reunidos en un hecho mayor grandeza con mayor villanía, ni bondad más grande con malicia más horrenda. Nunca fué tan oscura la maldad humana, ni brilló tan clara y resplandeciente la bondad divina. ¡El Calvario! ¡Ah! el monte santo, empapado con la humeante sangre del Cordero de Dios, el monte profanado con las inmundas pisadas de una multitud ebria de sangre y sedienta de deicidio. ¡El Calvario! ¡altar del sumo y verdadero sacrificio, cátedra de la verdad, escala mística del cielo, nuevo y más bello paraíso!

2. Vamos también nosotros al Calvario: *Ascendamus ad montem Domini*. Nosotros ya sabemos bien lo que allí pasa. Después de casi veinte siglos del suceso, la escena del Calvario está tan viva y palpitante como si tuviera lugar hoy mismo, á nuestros ojos. Pero ¡cuán diversamente iluminada! Sobre ella se proyectan los rayos de la fe, que dejan ver y contemplar á cada uno de los personajes que allí figuran, en su verdadero ser y con su propio traje y colorido. El nubarrón que en-

volvía todo el cuadro se ha desvanecido enteramente. Cada objeto aparece ya bañado de su propia realidad, sombría ó luminosa. Del centro del cuadro parte un haz de rayos más brillantes que los del sol de mediodía; nunca más radiante la faz del Redentor que en los momentos en que parece va á eclipsarse su gloria para siempre. El Hijo de Dios, el Inmortal por naturaleza y por derecho expira en un patíbulo, el más infamante de todos los patíbulos; pero muere rodeado de tales circunstancias, que aquel ocaso entre arreboles de oro y púrpura es la más bella y sublime ostentación de los atributos de la divinidad en la naturaleza humana. El Horeb y el Sinaí palidecen ante los esplendores del Calvario. Las palabras que en la cruz pronuncia el Salvador, son otros tantos rayos de luz que iluminarán á la humanidad por todo el curso de su peregrinación á través del desierto de la existencia terrestre. Ellas le mostrarán la ruta de la felicidad verdadera. Las siete palabras del Maestro son, como las siete antorchas del gran candelabro, otros tantos focos de verdad consoladora. Siete sellos guardan los libros de los sagrados, impenetrables misterios; pero, gracias á las palabras de la Sabiduría Encarnada, poseemos ya las siete llaves de los oráculos eternos, y el gran libro de la Redención se abrirá ante nuestros ojos. *Dignus es, Domine, accipere librum et aperire signacula eius*¹.

3. No hay, entre las obras de Dios, sacramento más recóndito, hasta para los mismos ángeles, que el de la Redención: *misterio escondido desde la eternidad*, llámalo San Pablo². Pues bien, ése es el grande y profundísimo misterio iluminado por las siete palabras del

¹ Apoc. 5, 9.

² Col. 1, 26.

Redentor agonizante, que por última vez se digna revelar á los hijos de los hombres las altísimas verdades en que él mismo es actor y parte principal. ¿Quién sino Él podría declararnos lo que se verifica en el Calvario? Por tanto, Señor, ¿á quién volveremos nuestros ojos sino á Vos? ¿á quién escucharemos en este gran día de la expiación y de la misericordia sino á Vos que tenéis palabras de vida eterna¹? Hablad, Señor, que ansiamos escucharos. Venimos á meditar en lo íntimo de nuestro corazón vuestras sagradas palabras: venimos á recibir vuestras últimas lecciones. ¡Dadnos la gracia de comprenderlas de un modo eficaz para nuestra salvación! ¡Penetradnos de su verdad como con una espada de dos filos! Vuestra palabra, guardada con entrañable amor y respeto en nuestras almas, como la guardó María, producirá abundante cosecha de piedad y virtud cristianas. ¡Caiga en tierra blanda y fértil la divina semilla de estas palabras misteriosas, más elocuentes que todos los ríos de oro de la elocuencia humana!

PRIMERA PALABRA.

Pater, dimitte illis, non enim sciunt quid faciunt (Luc. 23, 34).

Victima y sacerdote: sacrificio y oración.

1. Entonces... cuando el furor había llegado á su colmo, desbordado y sin diques toda la malicia de las humanas pasiones; entonces... cuando judíos y romanos, propios y extraños, vecinos de Jerusalén y peregrinos que pasan por la falda del Calvario, unen sus voces de maldición, escarnio y blasfemia en horrísono coro de infernal armonía para insultar al desvalido, blasfemar de

¹ Io. 6, 69.

Dios y burlarse del Mesías; entonces... cuando el vaso de la ira divina está á punto de rebosar, cuando la copa de oro de la venganza celeste agitada por la mano del ángel va á derramarse sobre la tierra maldita: entonces es cuando alza Jesús la desmayada voz, alzando al mismo tiempo al cielo airado los nublados ojos, y... ¡Guay de ti, generación de víboras! ¡estremécete, tierra de maldición! ¿vas acaso á perecer, abrasada con nuevos incendios, ó ahogada con segundo diluvio? ¿vas á ser borrada del cuadro de la creación? ¡Ah! ¡no! no temas, por más que lo merezcas... Jesús no maldice, sino ruega; no pide venganza para sus verdugos, para los pecadores: pide perdón, perdón y misericordia para todos: *Pater, dimitte illis!* ¡Padre, perdónalos! ¡Oh palabra hasta entonces nunca oída! exclama San Bernardo¹: ¡Oh palabra sublime, digna solamente del que es palabra sustancial del Padre! *O verbum summi Patris Verbo conveniens!* Saboreemos, amados oyentes, la suavidad de cada una de sus sílabas. *Padre*, dice, Padre mío, por quien eres, por quien soy, dame una gracia, la gracia que te pido antes de entregar en tus manos mi espíritu. Perdona á mis verdugos y atormentadores: perdona á los inicuos jueces y á los testigos perjuros, á los príncipes y al pueblo, á judíos y gentiles. Una misma excusa los ampara á todos, porque un mismo velo de ignorancia los envuelve: todos me han desconocido, ninguno de ellos sabe lo que hace: *Non enim sciunt quid faciunt.* ¡Oh generoso y misericordiosísimo abogado! ¡Cuán solícito te muestras de la salvación de tus feroces enemigos! Con súplica llena de misericordia apartaba de ellos la muerte sempiterna, dice San Agustín².

¹ Tract. de Pass. Domini 47.

² In Ep. 1 Io.

Á la voz de su sangre que clama por las cien bocas de sus llagas abiertas, junta el clamor penetrante de su corazón que se abre paso por sus entreabiertos labios, y añade el peso de su valimiento irresistible. No hubo jamás abogado tan solícito, ingenioso y diestro para salvar á su cliente del suplicio, como lo fué Jesucristo para librar de muerte eterna á sus verdugos. Resume en pocas palabras cuantos argumentos puede un Dios acumular en favor de los reos del deicidio: la dignidad del que intercede y ruega, que es el mismo Hijo de Dios; el amor de aquél á quien suplica, de un Dios que es padre; el mérito de una súplica que no sale de los labios sino mientras que brota la sangre y corre, en expiación, de todas las venas. ¿Qué más? ¿hay algo que alegar todavía en favor del delincuente? ¡Ah! la benignidad del manso Cordero encuentra un título, una circunstancia siquiera atenuante del delito, la ignorancia del reo, aunque afectada, mejor dicho, su estúpida locura.

2. Tal es el sentido literal de la primera palabra. Esforcémonos á comprender todo el misterio que encierra, y la doctrina que enseña. El dogma y la moral, la redención del mundo y lo más heroico de la caridad cristiana, todo se ilumina con la luz de la primera cláusula del testamento del Hombre-Dios. Hora solemne, cual ninguna en toda la serie de los siglos, era aquella de la crucifixión de Cristo en el monte de la mirra. Hora de expiación tremenda y reconciliación suavísima, en la cual el gran Pontífice de la nueva Alianza, revestido con la roja túnica de su propia sangre, penetraba en el Sancta Sanctorum del amor divino para inmolar en sí mismo la única víctima que había de santificar con una sola oblación al infinito número de los peca-

dores¹. La sangre saltaba á borbotones de todos los poros de la sagrada Víctima, porque, según la sentencia divina, *sin efusión de sangre no hay perdón*²: cinco arroyos, corriendo de otras tantas fuentes de salvación, dejaban casi exangüe el sagrado cuerpo del Redentor. Pero era preciso añadir al sacrificio la plegaria: clamaba la inocente sangre con más elocuencia que la del justo Abel, aunque en sentido opuesto; pero también debía clamar la lengua, la mirada, el corazón...³ ¡Oh misterio de infinita ternura y caridad! ¡Oh cuadro grandioso, al par que tierno, de la amorosa economía de Dios para con el hombre! La cruz no es ya el patíbulo del ajusticiado; es el ara sacrosanta donde se ofrece el sacrificio augusto que ha de reconciliar al mundo, es el estrado donde el abogado del género humano criminal ha perorado victoriosamente nuestra causa, arrancando á la divina justicia el perdón universal de todas nuestras penas y delitos. Por eso no es sólo por los que le rodean, como rabiosos lobos, por quienes alza la oración al Padre; es por todos cuantos en cualquier grado y manera tuvieron participación en su muerte desde Adán hasta el postrero de los pecadores que existirán sobre la tierra⁴; es por todos nosotros, que ¡desgraciados! pusimos también en él nuestras sacrílegas manos⁵. ¡Ay! ¿quién de nosotros y quién de cuantos hombres han existido desde el principio del mundo pudiera asegurar con el santo Daniel: *Mundus sum a sanguine huius*⁶: Ninguna parte me cabe en el delito por el cual se derrama esta sangre? ¿No deberemos

¹ Hebr. 10, 14. ² Hebr. 9, 22. ³ Hebr. 12, 24.

⁴ Dimitte illis, id est: Dimitte Græcis, Iudæis, peregrinis, barbaris, omnibus omnino (*S. Chrysost., Hom. in Matth.*).

⁵ 1 Io. 2, 2. ⁶ Dan. 13, 46.

exclamar por el contrario, llorando con el desventurado Judas: *Peccavi, tradens sanguinem iustum*¹: Pequé, por eso se derrama la sangre de este Justo? ¡Ah! cristianos, día es éste de recogimiento, de compunción y lágrimas: lloremos, gimamos bajo el peso de nuestras graves culpas, y aprovechemos esta hora de universal perdón. ¡Ay! que no contentos con crucificarle una vez con el pecado de origen, le hemos crucificado otras cien veces con nuestros enormes crímenes personales... Y, á pesar de tanta malicia y tanta obstinación ¿todavía alegrará Jesucristo en favor nuestro la disculpa de nuestra ignorancia? ¡Oh Jesús amoroso! Y ¡cuán cierto es que la pasión nos ciega, que el interés nos ofusca y la ambición nos deslumbra para no ver, cuando pecamos, la gravedad de nuestros extravíos y el horror de nuestros desórdenes! Alegad, alegad que somos ciegos, que no sabemos lo que es ofender á un Dios tan grande, á un Padre tan amable, á un Señor tan poderoso. Y mientras Vos hacéis bajar del cielo el perdón de nuestras culpas, nosotros queremos aprovechar vuestras lecciones y vuestro sublime ejemplo, perdonando de todo corazón á nuestros enemigos.

3. Ésta es, amados fieles, la lección moral que Cristo dicta al mundo desde la cátedra de la cruz, momentos antes de morir. ¡Padre, perdónalos! ¡Hombres, perdonad como yo perdono á todos! ¡Sí, perdón, perdón universal! ¡olvido general de agravios! ¡paz en las conciencias, paz en la sociedad! ¡amor y concordia entre todos los hijos de un mismo Padre que está en los cielos, entre todos los hermanos de un mismo Cristo que está muriendo en una cruz! ¿No son éstos motivos

¹ Matth. 27, 4.

bastante poderosos para inducirnos al perdón? ¿Hay aquí algún agraviado? ¿hay alguna alma rencorosa y sedienta de venganza? Deponga aquí sus iras, arroje al abismo del olvido sus rencores, que no es bien jurar venganzas cuando Jesús pide perdones. ¡Cristianos! la gran ley del cristianismo es la caridad, y lo más heroico de ésta es el perdón de las injurias. La caridad se funda en el amor del Padre celestial, en la fraternidad de todos los hombres en Jesucristo: esto significa la expresión de *Padre* empleada por el Redentor al implorar el perdón de sus asesinos. Comprendamos en este gran día tan saludable lección, lección que, aprendida y aplicada, ha dulcificado las costumbres, ha extinguido la barbarie. ¡Ojalá que esa divina enseñanza, aprendida y aplicada hoy mismo por todos los fieles de esta católica nación, extinga para siempre el fuego infernal de las discordias, ya domésticas, ya políticas, y, fundando en bases sólidas el reinado de la paz entre nosotros, aleje eternamente los estragos de las contiendas fraticidas!

SEGUNDA PALABRA.

Hodie mecum eris in paradiso (Luc. 23, 43).

La Redención aplicada á un pecador, rechazada por otro.

I. ¡La Redención! ¡magnífico misterio, océano de luz en sí, pero insondable en sus aplicaciones! Por todos ha orado Cristo moribundo, sin excluir de su oración al infame ladrón que agoniza á su izquierda. Por todos ruega, como por todos ofrenda su vida¹. ¿Por qué el infeliz no se convierte? ¿Por qué no es perdonado y no le alcanza aquel jubileo general otorgado en este día á todos los pecadores? ¡Ah! no ciertamente por

¹ 2 Cor. 5, 15.

falta de poder ó de misericordia en el Redentor, que no en vano extiende los brazos á derecha é izquierda, al bueno y al malo, para abrazarlos á todos. ¿Por qué, pues? Nada más que por un prodigio de rebeldía, obstinación é impenitencia de parte del precito. Cristo oró por todos, verdad es; y también que su ruego no pudo menos de ser eficaz, porque fué escuchado en atención á la dignidad del divino suplicante¹; pero no es menos cierto que la eficacia de sus ruegos no exime al pecador de la necesidad del arrepentimiento. ¡Ay del pecador en quien no hace eco la pasión de Cristo! ¡Desventurado el que no siente el aguijón del dolor, el que no cree siquiera en la necesidad de recabar el perdón! ¡Ay del que aun en la hora suprema sólo piensa en lo presente, olvidado completamente de lo eterno! Tal fué el descreído y malaventurado ladrón que, situado á la siniestra de la Cruz de Jesús, mezclaba sus blasfemias con los baldones del pueblo, y en son de burla, tratándole de mentido Profeta y falso Mesías, le decía: *Si tu es Christus, salvum fac te met ipsum et nos*². Si fueras el verdadero Cristo, te salvarías tú mismo y nos pondrías á nosotros en salvo. Nada de fe, nada de arrepentimiento, ni la más ligera idea de la salvación del alma. No piensa el desdichado más que en escapar con vida para seguir la carrera de sus latrocinios y maldades. ¿Podía en tal situación de ánimo obtener misericordia? ¡Ah! mis amados hermanos, la conversión es obra de la gracia, pero de la gracia correspondida, no de la gracia rechazada. Y el hombre tiene el triste poder de resistir á las sugerencias más apremiantes de la bondad divina, porque es dueño de su querer y no

¹ Hebr. 5, 7.

² Luc. 23, 39.

querer. ¡Terrible soberanía de la voluntad, que tantas responsabilidades apareja! Mas dejemos ya al obstinado, presa de su desgracia voluntaria, y contemplemos al dichoso malhechor que expira á la derecha de Jesús.

2. Horrorizado de los impíos dicterios que vomitaba su infame compañero de suplicio contra el Señor moribundo, no puede contener su indignación y la pena que le causa el desalmado. ¿Cómo, le dice, y así te atreves á blasfemar de un inocente? ¿Ni tú temes á Dios, viéndote en el mismo tormento? ¹ Pase que ellos no lo teman y le insulten, embriagados en su victoria y libres de todo penar; pero ¡que tú los imites en medio de agonías y colgado de esa cruz! ¿Cómo no empiezas siquiera en estos últimos momentos de la vida, á temer á Dios y arrepentirte? ¿cómo añades á tus delitos la crueldad? Y en seguida reconoce y confiesa sus pecados, al par que la inocencia del Señor: *Nosotros á la verdad padecemos con justicia, porque llevamos la pena bien merecida por nuestros delitos; pero éste ¿qué mal ha hecho?* ¡Sí, éste padece con nosotros, mas no como nosotros! Nosotros somos culpados, y él es inocente; y, sin embargo, ¡él sufre sin quejarse! Y luego, volviéndose al mismo Salvador, con voz doliente, contrito el corazón y la frente inclinada de vergüenza, dícele, no una, sino muchas veces: *Señor, acordaos de mí cuando llegareis á vuestro reino: Domine, memento mei, cum veneris in regnum tuum.* ¡Oh grande y magnífico alarde de la gracia del moribundo Redentor! He ahí que empieza á descorrerse el velo del Santuario de la Redención: conviértese un gran pecador como primicias y anuncio de la conversión del mundo entero ². He ahí

¹ Luc. 23, 40.

² S. Cyrillus.

al glorioso triunfador del pecado, destruyendo la muerte espiritual en el punto mismo en que le place morir corporalmente. *Mortem nostram moriendo destruxit* ¹.

3. Admiremos la prodigiosa trasformación moral del buen ladrón obrada en un instante por fuerza de la gracia. ¿Quién dirá después, que esa fuerza no es verdaderamente sobrenatural? Trasfórmase el afortunado Dimas de pecador perdido en fervoroso penitente, de salteador de caminos en predicador y apóstol, de vil ajusticiado en confesor y mártir de la divinidad de Cristo, de ladrón, en fin, de la tierra en robador del cielo. Los santos Padres y Doctores de la Iglesia no acaban de ensalzar sus heroicas virtudes. Todos esos títulos de Confesor, Apóstol y Mártir no se crea que son exagerados por el entusiasmo. Porque, como discurren Teofilacto, San Gregorio, San Agustín, San Juan Crisóstomo, San Bernardo y muchos otros, el buen ladrón convertido adquiere en un momento todas las virtudes: el temor de Dios, la fe, la esperanza, la caridad de Dios y del prójimo, la resignación y la paciencia, el celo, la humildad, la fortaleza.... ² ¿Quiérense más joyas para labrarle una corona de las más brillantes? Entre todas esas virtudes, ¿quién no admira los esplendores de aquella fe de subidísimos quilates, como dice Belarmino ³? Bien pudiera decirle el Salvador como á la Cananea: *Magna est fides tua* ⁴. Y de hecho, ¿á cuántos no salvó la fe, según el testimonio del mismo Salvador? Miradle allí enclavado en su cruz: ligado de manos y pies no tiene

¹ Eccl. in Præf. cruc.

² P. Ventura Ráulica, Il tesoro nascosto, hom. 30.

³ Titubaverant qui viderant mortuos suscitantem: credidit qui vidit in cruce pendentem (S. Aug.).

⁴ Matth. 15, 28.

libre de dolores el infeliz crucificado más que la lengua y el corazón¹; y dócil á la divina inspiración, ofrece al Señor cuanto tiene libre, el corazón y la lengua, los únicos miembros de que podía disponer; y así, conforme á lo que escrito está², creyendo de corazón, se justifica, y, confesando en alta voz, obtiene la salvación. Cree que es Rey inmortal y que va á entrar en posesión de su reino, como Dios, aquél que ve moribundo junto á sí; espera tener parte, como lo pide, en ese mismo reino; ama, y con tal ardor de caridad que no sufre ver ultrajado á su Señor, y, por ver de convertir á su hermano, le reprende. ¡Oh fe maravillosa que abres los ojos del alma para ver lo invisible, y sueltas la lengua para confesar á Dios! ¡Oh fe de donde brotan los más santos y heroicos pensamientos! ¡Oh fe engendradora de virtudes! Iluminado por esta luz el buen ladrón, como pondera el gran Crisóstomo, ve á Jesucristo en la cruz, y le ruega cual si lo viese sentado en el trono de los cielos; lo ve colgado de un infame madero, y lo aclama por Rey; lo ve expirando en medio de tormentos, y adóralo cual si estuviera en la gloria. *Videt in cruce, et rogat quasi sedentem in cælis; videt condemnatum, et regem invocat; videt in tormentis, et tamquam in gloria adorat*³.

4. ¿Qué respondéis, oh buen Jesús, á esta valerosa confesión y á este devoto ruego de vuestro compañero de suplicio? ¿Lo desoiréis acaso? ¡Ah Señor! Vos no sabéis menospreciar á ningún corazón contrito y humillado, según lo aseguró vuestro Profeta⁴: Vos no estáis

¹ S. Greg., Moral. 18. ² Rom. 10, 10.

³ S. Chrys., Hom. de Cruc. et Latr., apud Ráulica l. c.

⁴ Ps. 50, 59.

en esa cruz sino para acoger en vuestro seno á los pobres pecadores que se acogen á Vos. Por eso no hacéis esperar vuestra respuesta al pobrecillo ladrón, hecho ya un santo. *Amen dico tibi: hodie mecum eris in paradiso: De verdad te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso.* ¡Oh palabra digna del dulce y misericordioso Jesús! ¡Qué veloz corre la misericordia! exclama San Amadeo¹. Más tarda la oración del que suplica que el premio del que remunera. Y ¡qué premio tan colmado! *Hoy*, dice Jesucristo al ladrón, hoy mismo, sin aguardar á mañana, disfrutarás conmigo de las delicias del paraíso, como compañero en el triunfo, ya que lo has sido en el campo de batalla! ¡Tú que has sido mi colateral en el patíbulo, serás el precursor de mi victoria!² El humilde penitente no había pedido á Jesús más que un recuerdo, un pensamiento en medio de su gloria³, y el generoso Señor le promete que estará en su compañía, que lo hará partícipe de su misma felicidad en el lugar de las delicias celestiales. Por un momento de servicio Jesús le concede una eternidad de recompensas. Pues ¿qué recompensa más gloriosa que la de estar con Cristo? Porque donde está Cristo, dice San Ambrosio, allí está necesariamente la vida y el reino y la felicidad. *Oh quam gloriosum est regnum in quo cum Christo gaudent omnes sancti!*⁴ Entre ellos se cuenta el afortunado ladrón de la gloria, alternando con los Patriarcas y Profetas, Apóstoles y Mártires.... ¡Qué portentos los de la gracia! ¡qué maravillas las que ha obrado la Redención! ¿Y no aspiraremos también nosotros á ocu-

¹ De Bono Latrone. ² Arnald. Abb.

³ Rogabat ut memor esset (S. Ambros.).

⁴ Eccl. in fest. Omn. Sanct.